

Viaje en busca de un tesoro: Teresa Andrés Zamora

Blanca Calvo

Hace algo más de un año Teresa Andrés Zamora era para mí poco más que un nombre. Sabía que había sido una bibliotecaria muy comprometida con el importante trabajo de divulgación cultural de la Segunda República, pero no sabía cómo había llevado a la práctica ese trabajo. Tampoco conocía el camino que había emprendido después de la guerra, ni si ese camino seguía abierto o ya había terminado. Por supuesto no sabía nada de sus orígenes, ni de sus primeros años, ni de su ambiente familiar. Ahora conozco muchas de esas cosas, e ir las descubriendo ha sido una tarea muy emocionante. Este artículo intentará transmitir esa emoción a los bibliotecarios que viven

con apasionamiento su trabajo; estoy segura de que les gustará acercarse a una colega extraordinaria, inteligente, preparada e inasequible al desaliento: un modelo para todos cuantos desarrollamos nuestro trabajo hoy en día, entre dificultades que nos parecen enormes pero que no pueden compararse con las que rodeaban a los bibliotecarios españoles en los años de la guerra civil.

Alicia Girón encontró, a finales de 2003, la primera pista un poco seria sobre Teresa Andrés en un artículo de la revista norteamericana *Progressive Librarian*. En él se hablaba brevemente de “una bibliotecaria llamada Teresa Andrés y su marido Emilio” que después de la guerra española “no pudieron ir a México como habían planeado, permanecieron en París y participaron en la resistencia”. El artículo hablaba de la muerte de Teresa poco después de terminar la segunda guerra mundial y daba la noticia de que había dejado un hijo pequeño.

Esa, como digo, es la primera información digna de tenerse en cuenta. Porque otra cita, sacada de la obra *El compromiso intelectual de bibliotecarios y editores*, de Hipólito Escolar, contiene graves inexactitudes. Se nota que ha sido redactada sin una investigación previa y, desde luego, sin el menor cariño. De Teresa dice lo siguiente: “... mujer de contenida violencia y pasional, procedía de una familia protestante del palentino pueblo de Cedicos del Cerrato, había sido el alma, junto con Vicens de la Llave, de la Sección de Bibliotecas de Cul-



Teresa Andrés

tura Popular y, mientras fue ministro de Instrucción Pública Jesús Hernández, comunista como ella, tuvo la responsabilidad de las bibliotecas públicas, en cuyo trabajo contó como colaborador principal con Federico Navarro”.

Construir una figura con esos escasos trazos fue el reto que nos propusimos a finales de 2003 Alicia Girón, Ramón Salaberria y yo. Contábamos con muy pocas herramientas: la provincia de Palencia, donde al parecer tenía su origen Teresa, el Archivo General de la Administración, en el que previsiblemente podríamos encontrar datos administrativos de su carrera de funcionaria y, cómo no, Internet, la memoria universal, para navegar en busca de algún cabo suelto que nos llevara hacia ella. Como en los cuentos en los que hay tres hermanos que deben emprender la búsqueda de un tesoro, cada uno de nosotros escogió un camino y en el reparto yo, que vivo en Castilla, me quedé con la provincia de Palencia.

La del alba sería cuando un martes de agosto pasado inicié el viaje. Previamente había buscado en el mapa el pueblo citado por Hipólito Escolar y había tenido la desagradable sorpresa de que se trataba de una localidad inexistente. En Palencia, cerca de Dueñas, está la comarca del Cerrato. Dentro de ella hay dos pueblos que se llaman Cevico (que no Cedicos) y ninguno lleva el *apellido* “del Cerrato”; uno es Cevico de la Torre y otro Cevico Navero.

Decidí explorar los dos empezando por Cevico de la Torre, el más próximo a mi punto de partida. Cuando salía hacia allí la mañana era preciosa, extrañamente fría para el mes de agosto, y los colores de Castilla —campos amarillos como el oro, colinas oscuras como el mar nocturno, cielo azul— brillaban con fuerza cuando las nubes dejaban pasar el sol. Conducía mi coche impresionada por la belleza severa del paisaje, en un estado de ánimo muy especial porque me iba acercando a un misterio. Así llegué al primer pueblo. Lo primero que hice fue dirigirme al Ayuntamiento en busca de los archivos del Registro Civil, pero la puerta estaba cerrada a pesar de que el horario escrito en la entrada obligaba a lo contrario (luego me enteré de que la funcionaria encargada del servicio había tenido un grave problema familiar aquella noche y por eso había tenido que retrasar la hora de apertu-

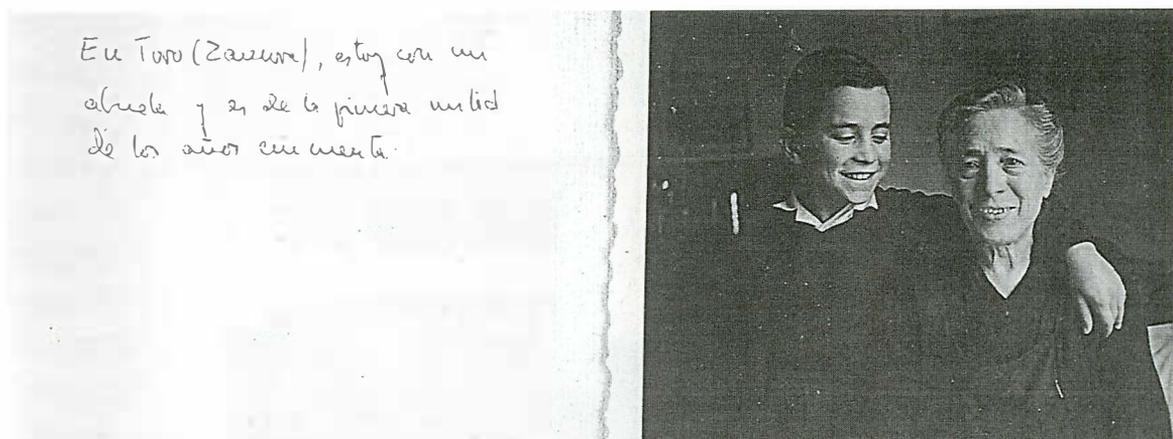


Vista de la escuela donde Teresa Andrés aprendió a leer. Su madre era la maestra

ra). Me resistía a marchar de vacío al siguiente pueblo, así que me dispuse a esperar y, para que la espera fuera leve y quizá provechosa, empecé a preguntar por los apellidos Andrés Zamora a las personas con las que me iba encontrando. Preguntaba con ilusión pero también con temor, porque me daba miedo que nadie supiera nada, y nada fue lo que en definitiva saqué de esa pesquisa: en una tienda me hablaron de una mujer muy mayor apellidada Zamora pero esa señora no sabía nada de la existencia de Teresa.

Al fin se abrió el Ayuntamiento. Cuando le expliqué el motivo de mi visita a Mercedes Rodríguez Perote, la secretaria encargada del registro civil, tenía los mismos nervios que en las mañanas de Reyes de mi infancia y la emoción fue aumentando en intensidad cuando ella volvió cargada con los libros de los registros efectuados desde 1900 hasta 1922, unos tomos grandes llenos de una caligrafía esmerada. Me habría encantado abalanzarme sobre ellos, pero respeté el movimiento decidido de la funcionaria que inició la búsqueda con la seguridad que sin duda le daba sentirse guardiana de un material muy valioso. Creo que fue en la tercera o cuarta consulta cuando se

“La emoción fue aumentando en intensidad cuando ella volvió cargada con los libros de los registros efectuados desde 1900 hasta 1922, unos tomos grandes llenos de una caligrafía esmerada.”



La madre de Teresa Andrés, Pilar Zamora, junto a su nieto e hijo de Teresa, Antonio

produjo la primera conmoción acompañada de una ligera desilusión: de pronto en una de las líneas del libro aparecieron los dos apellidos de Teresa... detrás de un nombre que no era el suyo. Se trataba del registro de un tal Troadio Félix Andrés Zamora, nacido en la calle de las Damas de Cevico el 14 de julio de 1908, cuando sus padres tenían 30 y 25 años respectivamente.

Seguimos buscando. Unas páginas más adelante, en las correspondientes a 1910, aparece Dionisio Andrés Zamora, nacido también en la calle de las Damas el 26 de abril. Buscamos más; a esas alturas intuyo que mis ansias han contagiado a la secretaria. Así, con sucesivas y agradables sorpresas, vamos localizando los registros de Isabel en el año 1911, Mariano en 1913 y Victoriano en 1916, pero de Teresa ni rastro. A pesar de ello no se puede negar que la preciosa caligrafía de los libros manejados por la amable funcionaria ha hablado: tenemos por el momento una familia numerosa formada por cinco hijos nacidos en 1908, 1910, 1911, 1913 y 1916, y es sin duda la familia de Teresa. Y aún tenemos más cosas: los libros nos han dicho también que el padre de Teresa era, cuando sus hijos iban naciendo, el médico de Cevico de la Torre, que se llamaba Diógenes Andrés Rueda y que había nacido en Santovenia, pueblo de Valladolid. Y, también, que la madre de Teresa se llamaba M^a Pilar Zamora, que había nacido en Renedo de Esgueva y que era hija de Claudio Zamora, el único ascendiente nacido en Cevico y el que sin duda tiró de ellos hacia allí. Una buena cosecha para una mañana de investigación. Pero las preguntas más importantes para mí permanecen sin contes-

tar. ¿Qué lugar ocupa Teresa en su familia?, ¿es la mayor y ya había nacido cuando sus padres llegaron al pueblo? (pero entonces la tuvieron cuando eran jovencísimos...), ¿en qué año vino al mundo?, ¿dónde? (porque es evidente que en Cevico de la Torre no), ¿habrá otros hermanos? El registro civil no dice nada más, pero bastante ha hecho con dar las primeras claves para poder seguir buscando. Así pues me despido de la funcionaria y salgo del Ayuntamiento decidida a no marchar del pueblo sin alguna información complementaria.

Me voy a la calle de las Damas en busca de la casa. A pesar de los años transcurridos es posible que aún esté en pie, que viva allí alguien que haya conocido a Teresa, a lo mejor algún miembro de su familia... y así es como llego hasta Rosario Coloma, vecina de la calle, nacida en el pueblo hace bastantes años, que recuerda haber oído hablar de Don Diógenes Andrés como de un médico muy bueno, al parecer de ideas progresistas. Me promete averiguar más cosas a través de alguno de sus parientes mayores en edad e intercambiamos nuestros teléfonos para seguir en contacto. Y así termina mi primera visita a Cevico de la Torre y mi primer encuentro con la familia de Teresa Andrés Zamora. Cuando vuelvo hacia mi casa, unas horas más tarde, la luz ha cambiado pero el paisaje sigue siendo bellissimo y se me ocurre pensar que el Cerrato es una comarca digna de una mujer tan singular.

Al día siguiente hago un montón de gestiones por teléfono: llamo al Colegio de Médicos de Palencia para averiguar cuántos años estuvo Don Diógenes destinado en Cevico y me dicen que no conservan docu-

mentación tan antigua, que posiblemente me puedan decir algo en la Delegación de Sanidad. También telefono allí, pero sin resultados.

A continuación llamo al Archivo Histórico Provincial, pensando que quizá pueda custodiar el expediente escolar de Teresa, o datos sobre su familia. Pero Juan José Ruano, el archivero, me da poquíssimas esperanzas por no decir ninguna. En Palencia, después de la guerra, se destruyeron todos los documentos de las décadas anteriores; los convirtieron de nuevo en papel porque había mucha escasez. No sé quién tomaría esa tremenda decisión, pero alguien que prefiere el papel a su propia historia es digno de entrar en el museo de los horrores.

Todavía conmovida por esa información llamo al farmacéutico de Villarramiel de Campos, natural de Cevico y que, según la funcionaria del Ayuntamiento, ha estado haciendo recientemente alguna búsqueda sobre Don Diógenes. La gestión no tiene el resultado esperado: la investigación del farmacéutico va por otro camino muy distinto del nuestro. Sin embargo, al oír mi historia –lo que busco y los escasos datos de los que parto– me da una pista magnífica al preguntarme si además del registro civil he ido al parroquial, cosa que no se me había pasado por la cabeza en parte por mi inexperiencia como investigadora y en parte porque daba por bueno el dato sobre el supuesto protestantismo de la familia de Teresa que Hipólito Escolar había sacado de no se sabe dónde.

Una de las cosas, no sé si buenas o malas, que tienen los pueblos es que todo el mundo se conoce. El farmacéutico me dice que llame de su parte a Elpidio Ruiz, párroco de Cevico y poeta, porque tiene la seguridad de que se prestará a ayudar. Y acierta: llamo al párroco y fijamos una cita para el día siguiente.

El último bloque de conversaciones telefónicas es con Rosario Coloma que, después de hablar con sus parientes, tiene muchas cosas que contar y hace la siguiente crónica: cuando Don Diógenes y Doña Pilar llegaron a Cevico ya llevaban a Teresa. (¿dónde nació? Eso, de momento, es una incógnita). Doña Pilar, la madre de Teresa, era la maestra del pueblo. La familia vivió en dos casas diferentes: primero en una que está justo al pie de la larga escalera que sube a la iglesia y luego en la plaza. La primera se conserva,

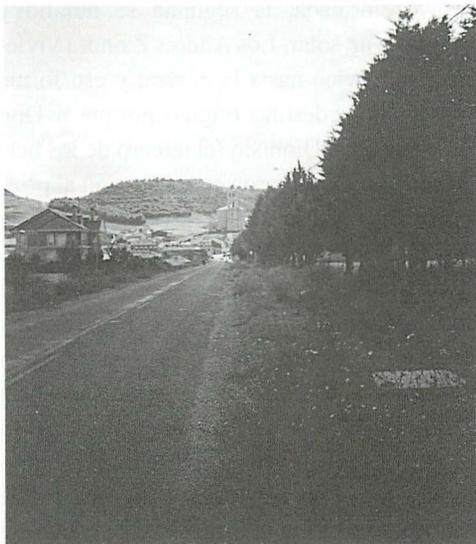
muy reformada; la segunda se hundió y ahora es un solar. Los Andrés Zamora vivieron en Cevico hasta la guerra, y eso forma parte de su destino trágico porque a Don Diógenes y a Dionisio (el tercero de los hermanos) se los llevaron en un camión al principio de la guerra. Se los llevaron a Palencia y allí (o de camino, quién sabe) les mataron. Según Rosario Coloma –aunque no es un dato de primera mano, ya que ella era muy pequeña por entonces y, además, vivió aquellos años fuera del pueblo– a Doña Pilar también se la iban a llevar y fue su padre (el de Rosario) quien la alertó: le dijo que se hiciera la enferma y que no saliera de la cama bajo ningún concepto. Dado el ambiente bárbaro que debía de imperar en la zona en esos momentos seguramente la historia no es cierta: parece demasiado delicado que se “perdone” a alguien a quien se va a matar por estar enfermo, pero cuando me la contó Rosario me produjo mucho sufrimiento imaginar el dolor que pudo tener aquella mujer al ver cómo se llevaban a su marido y a su hijo sin poder salir de la cama ni siquiera para mirarlos por última vez. Y también entonces –y ahora todavía– sufrí al intuir la enorme fuerza del odio que puede llevar a matar a un médico cuya única ocupación durante tres décadas ha sido la de amortiguar las aflicciones de todo un pueblo.

Las conversaciones con Rosario terminan con una cita: puesto que al día siguiente

“El párroco me cuenta que el mes pasado murió una mujer que había estado dentro del mismo camión que Don Diógenes y Dionisio. Se la llevaban también a Palencia pero llegó el cura y dijo que, a las mujeres, de ninguna manera”



De pie, los hijos: a la izquierda Dionisio. Luego Teresa, Troadio e Isabel. Sentados, en los dos extremos: Don Diógenes y Doña Pilar, y en el medio Doña Antonia, abuela materna de Teresa. Sobre el escalón: Victoriano y Mariano. La foto puede fecharse alrededor de 1925, cuando Teresa tenía dieciocho años



Vista del pueblo de la familia Andrés Zamora

te tengo que volver a Cevico para consultar el archivo parroquial, podemos seguir la conversación en persona y así ella podrá darme las nuevas informaciones que sea capaz de recoger en las próximas horas.

El jueves de esa misma semana, dos días después de la primera visita, vuelvo a Cevico de la Torre y me dirijo a la Casa Parroquial. Y consultando los libros de registro compruebo que los Andrés Zamora de protestantes no tienen nada: los cinco hermanos de Teresa están bautizados nada más nacer. Además, en los márgenes de los libros están reseñadas la confirmación de Isabel, recibida en el pueblo, la boda de Troadio Félix, que se casó con Manuela Cabrerizo el 5 de agosto de 1944 en la Parroquia de San Lorenzo de Madrid, y la de Victoriano con Julia Tejedor en la Parroquia de Santiago de Valladolid el 27 de noviembre de 1950.

El párroco me cuenta que el mes pasado murió una mujer que había estado dentro del mismo camión que Don Diógenes y Dionisio. Se la llevaban también a Palencia pero llegó el cura y dijo que, a las mujeres, de ninguna manera. Y la soltaron. Me desespera no haber podido hablar con ella pero, a cambio, puedo ir a ver a Petra, una mujer de más de noventa años que está en la residencia de ancianos de Cevico. El párroco me anima a no marchar sin visitarla porque ella sí conoció a la familia de Don Diógenes y puede darme algún dato interesante.

Con Rosario Coloma voy a ver los dos lugares donde vivió Teresa y las escuelas viejas, en las que dio clase su madre y donde ella aprendió las primeras letras. Me gusta

mucho ver la verja e imaginar a una Teresa niña entrando y saliendo de su clase cada día. Y, mientras, Rosario sigue contando. Me dice que su padre, después de la guerra, fue a visitar a Doña Pilar a Madrid, porque en cuanto pudieron los Andrés Zamora dejaron el pueblo y, años después, uno de los hijos tenía una farmacia en la calle Don Ramón de la Cruz. Al parecer Doña Pilar agradeció mucho la visita y le dijo al visitante que no podía volver nunca más a Cevico, que no podía olvidar.

La tarde termina en la residencia de ancianos de Cevico con Petra, que está cenando porque ya son las ocho. Ella se acuerda con cariño de Don Diógenes, que debía de ser todo un personaje, pero de la familia no recuerda nada. Es un fin de tarde dulce, en el comedor de la residencia, contando mi historia a gritos para que me oiga Petra y, naturalmente, todos los demás comensales: unos veinte o treinta que siguen con enorme interés la conversación.

Cuando dejo atrás el pueblo –y a pesar del paisaje, que sigue siendo igual de bello–, me retracto de mi primera impresión: el Cerrato no es una comarca digna de Teresa y su familia. Al menos el Cerrato de 1936.

Al día siguiente no sé muy bien por dónde continuar. Me martillea en la cabeza una frase: “si fuera posible encontrar al hijo...” Pero quién sabe dónde puede vivir el hijo de Teresa Andrés, nacido en París en el exilio de sus padres. He preguntado por él en el pueblo, pero nadie sabe nada. Seguramente se habrá quedado en Francia porque ¿tiene sentido volver a un país que se ha portado tan mal con la familia de uno? Van pasando las horas y el pensamiento vuelve una y otra vez: “si fuera posible encontrar al hijo...” Y, al fin, por la tarde se me ocurre una idea sencilla como el huevo de Colón: ¿qué pasaría si cruzara los apellidos de los dos hermanos de Teresa cuyo matrimonio consta en los libros parroquiales con los de sus respectivas esposas y buscara en la información telefónica de Internet? Así llegaría hasta los sobrinos de Teresa –los primos de su hijo–, y ellos podrían darme alguna información sobre él. Por probar no se pierde nada...

Si el lector de este artículo tiene tantas ganas de llegar al final de la historia como tenía yo cuando la estaba viviendo, cualquier detalle accesorio se le puede hacer pesado. Lo que sí puede importarle es que,

unas horas después, yo marcaba con una emoción difícil de transmitir un teléfono de Alicante, provincia en la que vive y trabaja desde hace muchos años Antonio Gómez Andrés, el hijo de Teresa Andrés Zamora. Escuchar su voz fue muy hermoso. Y esto es lo que él me contó:

Teresa nació en un pueblo vallisoletano muy cercano al límite con Palencia: Villalba de los Alcores, que fue donde sus padres trabajaron como médico y maestra antes de ir a Cevico. Efectivamente era la mayor de los hermanos. Nació en 1907 y murió de leucemia –y de tristeza– a los treinta y nueve años en París. Su hijo nació en 1941 y vivió con ella sólo hasta el año y medio; luego lo trajeron a España porque la situación, en plena ocupación alemana de París, con sus padres comprometidos en la resistencia contra los nazis y con escasez de todo lo necesario, no era propicia para mantener a un niño. Se educó con su abuela, Doña Pilar, e imagino que no es casualidad que ahora sea médico como su abuelo. El marido de Teresa era Emilio Gómez Nadal, uno de los fundadores del Partido Comunista valenciano, un intelectual de prestigio que no quiso volver a España cuando ya podía haber vuelto y murió en Francia en 1993.

La conversación fue larga: no podía ser por menos después de haber sido tan intensamente deseada. Hablamos mucho del horror de la guerra. Cevico para la familia Andrés Zamora es eso: el horror. Antonio confirmó lo del asesinato de Don Diógenes y Dionisio, que acababa de terminar la carrera de medicina cuando les mataron a los dos. La familia, desde luego, sufrió lo indecible. De los seis hijos sólo sobrevivieron Troadio Félix y Victoriano, los dos únicos de los que constan sus matrimonios en el archivo parroquial. A Teresa y Dionisio ya sabemos lo que les pasó; Isabel tenía una enfermedad crónica y murió cuando su madre, a la que expedientaron después de la guerra, estaba de maestra en Toro; Mariano, que era abogado, murió en el Frente del Ebro, y el propio Troadio estuvo preso en Ocaña por haber sido oficial del ejército republicano. Grandes tragedias dentro de la enorme tragedia que fue la historia de España en aquellos años. Dolor y más dolor.

Después de la conversación sólo faltaba una cosa para finalizar esta emocionante investigación: conocer a Antonio Gómez

Andrés y ver los materiales que conserva de su madre que, desde mi lado del teléfono, se intuían maravillosos. Quedamos en vernos sin fijar una fecha concreta. Cuando colgué no me podía creer lo que acababa de ocurrir. Teresa se iba haciendo accesible; su hijo nos iba a llevar hasta ella.

El encuentro se produce en octubre, en el atardecer de un sábado soleado. No voy sola, viene conmigo Ramón Salaberría, tan ansioso como yo de estrechar la mano del hijo de Teresa Andrés, y Alicia Girón sigue de lejos la crónica del acontecimiento. Hemos quedado citados en el vestíbulo de un hotel del puerto, el mismo puerto en el que cientos de republicanos esperaron con desesperación al final de la guerra civil ser recogidos por los barcos extranjeros que, a pesar de estar tan cerca, nunca atracaron para llevarles al exilio.

Cuando llegamos Antonio ya nos está esperando. Es un hombre de mediana estatura y hablar dulce. Lleva un maletín con los materiales que nos va a enseñar. La entrevista dura unas dos horas, a lo largo de las cuales el que más habla es él; nosotros le vamos preguntando y él se extiende ampliamente en sus respuestas, aunque se nota que algunos temas le resultan muy difíciles.

Empieza enseñándonos las fotos que guarda de su madre. Teníamos tantas ganas de conocer su cara que verlas nos emociona. Son muchas más de las que yo pensaba, y recogen una franja de edad muy amplia, desde los 15 hasta los 39 años, poco antes de su muerte. Lo primero que se aprecia es que era una mujer muy cuidadosa de su aspecto. Tiene una mirada inteligente, muy despejada, y siempre viste con un estilo muy personal. El pelo va variando pero siempre a la moda, corto cuando, en los años treinta, se llevaba corto. Hay varias series: la de la excursión a Andalucía con la Residencia de Señoritas; la de sus viajes veinteañeros a Inglaterra, donde estuvo –moderna donde las haya– como “au pair” para aprender el idioma, y a Alemania, donde estudió arqueología; las del Congreso de Mujeres que organizó unos meses antes de morir y en las que aparece con Pasionaria; las últimas, en las que se ven claramente los estragos de la enfermedad... Me enternece una en la que aparece con su marido y sus dos hijos. Porque esa es una de las sorpresas que nos desvela este encuentro: Teresa tuvo dos

“Es un fin de tarde dulce, en el comedor de la residencia de ancianos, contando mi historia a gritos para que me oiga Petra y, naturalmente, todos los demás comensales: unos veinte o treinta que siguen con enorme interés la conversación”



Otra imagen de Teresa

hijos, y el mayor murió siendo niño: un sufrimiento más que añadir a la lista. Impresionan las tomadas el día de la liberación de París, Teresa sonriente con una flor en el pelo y un vestido de flores también. Le comentamos a su hijo que se la ve contenta y él dice: “No crean. Hay una anotación en su cuaderno que dice todo lo contrario. Se acordaba tanto de tantas cosas y tantas personas dejadas atrás... Sobre todo de mi hermano.”

En las otras carpetas hay documentos. En la primera que vemos, las necrológicas: notas de prensa, telegramas y cartas cargadas de emoción, como la del padre de Jorge Semprún, familia con la que los Gómez Andrés tenían una buena amistad. Otra carpeta contiene documentos relacionados con su trabajo de bibliotecaria, y me gusta mucho tener en las manos uno de los originales de sus obras, escrito a máquina en un papel de seda tan frágil

que da miedo tocarlo. También hay documentos del Congreso de Mujeres: borradores de textos, anotaciones, ponencias sobre el coste de la vida en España... razones para convencerse de que el franquismo se tambalea y la vuelta a España se acerca. La última carpeta recoge documentos de su último trabajo como bibliotecaria en París, después de que Marcel Bataillon consiguiera que se la contratara para hacer un catálogo colectivo de libros españoles existentes en varias bibliotecas parisinas. Entre los papeles hay un cuaderno finito, escrito con letra muy pequeña, en el que va anotando datos de autores, impresores y libros. Pero de vez en cuando, algún día en el que las preocupaciones o la amargura son mayores de lo normal, escribe algo de tono personal, un exabrupto necesario. Son pequeñas anotaciones desoladas y bellas, que su hijo ha marcado con papelitos para enseñárnoslas y que me resultan muy emocionantes.

Lo más curioso de la entrevista con Antonio Gómez Andrés es que revela su completo desconocimiento del valiosísimo

trabajo bibliotecario que Teresa hizo en Cultura Popular, un trabajo que se describe en otras páginas de este dossier. Si uno se para a pensar es normal, porque él tuvo muy poca relación con su madre; la única que podía haberle informado habría sido su abuela, pero seguramente ella tampoco llegó a conocerlo. Alejada de su hija primero por la guerra y después por el exilio debieron de tener muy pocas ocasiones de contarse más cosas que las imprescindibles. Nos agrada desvelar a Antonio esa faceta de su madre; es una forma de devolverle algo de lo mucho que él nos ha dado.

Nos despedimos con una enorme sensación de agradecimiento hacia el hijo de Teresa. Ha abierto para nosotros una historia muy dolorosa. Intenta razonar y hablar desapasionadamente, pero no puede olvidar las lágrimas de su abuela cuando iba pasando esas mismas fotos que él nos ha enseñado. Y es que la madre

de Teresa fue también una mujer excepcional, de las que dejan marca. Duró hasta que Antonio acabó su carrera de médico; al año siguiente murió de muerte natural. Seguramente decidió que ya era hora de poner fin a tanta pena.

“De tal palo tal astilla”, dice un refrán castellano. Teresa Andrés Zamora fue una digna descendiente de sus padres: Don Diógenes, el médico de ideas liberales, y Doña Pilar, la maestra que enseñó los primeros conocimientos a muchas generaciones de niños de Cevico de la Torre, incluidos sus hijos que tuvieron tan trágicos destinos. No es extraño que, con esa herencia, Teresa removiera el campo profesional que le tocó en la vida. Cualquiera otro que hubiera escogido se habría beneficiado de su inteligencia y su energía, pero tuvimos suerte y le correspondieron las bibliotecas. Para mala suerte ya vinieron los siguientes cuarenta años y el olvido de actuaciones tan señaladas como la de esta mujer que, afortunadamente para nosotros, está dejando de ser un misterio. ❏

“De tal palo tal astilla’, dice un refrán castellano. Teresa Andrés Zamora fue una digna descendiente de sus padres: Don Diógenes, el médico de ideas liberales, y Doña Pilar, la maestra que enseñó los primeros conocimientos a muchas generaciones de niños”
